

¡Es usted una luchadora, ¿no?!

Reconozco que la voz que me dijo: “Es usted una luchadora , ¿no?” solo la he oído directamente de una persona, aunque intuyo que hay algunas más que lo piensan, siempre desde mi punto de vista más personal y subjetivo. Puesto que se dirigió a mí con el tratamiento de “usted” resulta obvio que no es una persona cercana, ni de mi entorno social, ni de mi forma de plantear la vida y las soluciones a los problemas. A ella va dirigido este mensaje y a quienes piensen como ella. Escuché esa frase de sus labios en un momento en que nos enfrentaba una decisión administrativa que pretendía separar a los niños, que habíamos acogido un año atrás, de nuestro lado. En ese momento, los niños vivían felizmente bajo mi mismo techo, ajenos a toda controversia. En la conversación que concluyó con esa fatídica frase, no oí ningún argumento que me garantizase el bienestar y el interés de los niños, más bien al contrario, como competente psicóloga, la persona a quien me dirijo, me aseguró que los niños sufrirían al ser separados de nuestro lado, aunque lo superarían.

Es cierto que cualquier padre o madre tiene que estar preparado para ver sufrir a sus hijos porque la vida nos lleva a todos por caminos inescrutables con obstáculos que debemos ir sorteando. Si un hijo sufre una enfermedad dura y dolorosa, un padre saca fuerzas de donde sea para superar la situación y ayudar a su hijo a hacerlo. Luego están esos fracasos cotidianos que hacen sufrir a los hijos: un examen suspendido, una ruptura sentimental, un enfado con un amigo, un mal resultado deportivo, etc. que los padres les ayudamos a afrontar o superar en la medida de nuestras posibilidades. Esa es nuestra función. Pero, ¿qué padre provocaría voluntariamente un sufrimiento a un hijo?

Y de nuevo los argumentos de siempre: los niños de los que hablas no eran tus hijos y no merecían tu preocupación, tan solo eran niños de acogida. Quienes así piensan, indirectamente, creen que los niños merecían el sufrimiento provocado que los técnicos de la administración les imponían. Sea como fuera, no me presté voluntariamente al sufrimiento de los niños, y aunque quisieran imponérselo a ellos, no podían imponérmelo a mí más que por la fuerza. Y mi oposición y resistencia fueron entendidas por quienes trataban de violentar mi voluntad como un desafío por el que yo pretendía mostrar mi chulería, ya que no tenía ni fuerza ni poder.

Lo que siempre he pretendido es mostrar coherencia. He acudido al juzgado en el ejercicio de mis derechos y quienes me consideran luchadora, como el peor de mis defectos, lo han considerado una desobediencia al poder establecido. He acudido a la prensa para dar a conocer la injusticia sufrida por mis seres queridos y quienes me consideran luchadora lo han interpretado como un afán de protagonismo y de fama. He buscado apoyos de gente relevante que pudiera ayudarme a entender en dónde me estaba equivocando y quienes me consideran luchadora lo han interpretado como una acción hostil y un intento de desacreditarlos. Cada uno es libre de pensar lo que quiera.

Pero en esta particular lucha que mantengo con quién así lo considera, he visto cómo nuestros papeles han ido invirtiéndose poco a poco, pues yo empecé nerviosa y desasosegada ante el inminente daño que veía imposible evitar para los niños que acogí y quien entonces me consideraba luchadora ha perdido, en la actualidad, la serenidad y el sosiego por la sencilla razón de que el arma que yo he escogido, el estado de derecho, ha resultado ser más efectiva que la que ella ha usado siempre, el abuso de poder de su cargo público.